

Los superiores Templarios de alguna consideracion en Francia, eran Fr. Francon de Bornt, Preceptor general en el Limosin.

Fr. Juan de Franceis, preceptor de Aquitania.

Fr. Guillermo de Aulege, Maestre del Temple de la Rochela, de quien se hace mencion en un convenio hecho con los abades de Maillezais y de S. Miguel del Herm, con motivo de los trabajos concernientes á sus pantanos, situados en la castellania de Marans (1).

Fr. Ramon de Chambarut, y Fr. de Menteyras, de la casa de Puy, en Velay, nombrados en una transaccion hecha con la abadesa de S. Pedro las Cazas. Á extramuros de Puy hay una parroquia llamada de S. Juan que habia pertenecido al Temple, lo mismo que la de S. Bartolomé, de la cual los Hospitalarios entraron en posesion suprimida la Orden del Temple (2).

En Inglaterra, Fr. Roberto de Tourville, distinguido Templario.

En Aragon, Fr. Arnaldo de Castellnau que asistió al concilio de Tarragona en 1282 (3).

En Francia, Fr. Amaubri de Rup, del cual se ha hecho mencion.

Fr. Guillermo de Mallain que transigió con el cabildo de Toul en 1284, con ventajas de la encomienda de Bellieure (4).

Fr. Gaufredo, Clérigo de Felipe el Atrevido, consejero y receptor de los dineros reales.

Fr. Hemaro y Fr. Filipot, oficiales domésticos del palacio real del Rey de Francia, Felipe el Atrevido (5).

Fr. Hugo de Pierrelate, Preceptor de la casa de Franqueville, (Bourges), que en 1279, concluyó un convenio con el Abad de Chalivoi con motivo de las tierras de la Faie.

En Provenza, Fr. Poncio de Broet aprueba una transaccion hecha á favor del Temple de la Salvetat por Fr. Jordan de Cereis en Niza.

1284. Cereis era un Antiguo castillo en el cual se ven aún los escombros de un templo dedicado por la gentilidad á Céres (6).

En los Países Bajos, Fr. Pierron don Sacg, que compró muchas tierras á Guy conde de Flandes, quien le gratificó con algunas donaciones y dice: «por el servicio que nos ha prestado lealmente.»

Fr. Gerardo Vauder Malstede de quien habla extensamente la historia de Flandes, con motivo de la encomienda de Saemflacht (7).

(1) Hist. de la Rochela tom. 2, pag. 502.

(2) Gallia Christ. nova. tom. 1, col. 819. Tom. 2, col. 452.

(3) Martenne collect. antiquissima tom. 7, col. 278.

(4) Archivo de la Iglesia de Toul.

(5) Gallia Christ. tom. 2, col. 194.—Glosar. nov. tom. 4, col. 895.

Reliquie manuscript. omnis ævi Diplom. P. Ludevig., tom. 12, pag. 8 y 11.

(6) Gall. Christ., tom. 2, col. 719.

(7) Gramaye Antig. Fland., pag. 31.



CAPITULO XVII.

Eleccion del Gran Maestre.—Concilio general de Lyon.—Decreto de una Cruzada.—Reyes y principes se cruzan.—Su resultado nulo.—Desastres en Armenia.—Discordia entre los cristianos de Palestina.—Detalles de varios asuntos.—Escaramuzas y combates prósperos y adversos, á las dos Órdenes.—Batalla entre tártaros y musulmanes.—Visperas Sicilianas.—Sitio y rendicion de Margat.—El Rey de Chipre en Tolemaida.—Guerra entre Pisa y Génova.—Sitio y rendicion de Trípoli.—Discurso de un Templario al Papa Nicolás IV.—Sacrificios de este Pontífice en favor de la Tierra Santa.—Violacion de la tregua por la indisciplina de unos aventureros.—Conflicto en Tolemaida.—Sitio de la ciudad.—Muere gloriosamente el Gran Maestre del Temple defendiendo la puerta de San Antonio.—El Gran Maestre del Hospital se salva.—El Patriarca y su séquito ahogados en el puerto.



Al Orden del Temple, seguida la muerte del Gran Maestre Fr. Tomás Berault, convocó Capítulo General para proceder á la eleccion de nuevo jefe, y una vez reunido, el 13 de mayo de 1274, recayó la suerte en favor de Fr. Guillermo de Belljoch, caballero hijo de una familia antiquísima de Borgoña. Era hombre de intrepidez sin igual, de energía y valor extraordinario como lo acreditó de una manera heroica en la defensa de Tolemaida, como lo veremos, en 1291.

Cuando fué elegido se hallaba ausente, y ejercía el cargo de Comendador en la Pulla (Sicilia): el Capítulo nombró á dos distinguidos Caballeros catalanes para que le comunicasen su elevacion al Maestrazgo: esos ilustres Templarios eran Fr. Bertran de Foix, y Fr. Guillermo de Pontons, Maestre que habia sido en 1265 de Cataluña y Aragon, y Vice Maestre durante el gobierno del difunto Fr. Tomás.

Dichos comisionados llegaron á Europa, cuando el Concilio de Lyon había celebrado ya algunas sesiones: el Capítulo de la Orden, con motivo de la ausencia del nuevo Gran Maestre, nombró interinamente por Vice Maestre, á un caballero llamado Fr. Gonfier, hijo de una familia de la cual descienden los duques de Rouannois y condes de Caravas (1).

Algunos historiadores se equivocan al decir que el Maestrazgo de Belljoch empezó en 1288, después del fallecimiento de un cierto Fr. Pedro de Bellavista, que ponen sin fundamento en la serie de los Grandes Maestres; además, en las actas del Concilio de Lyon se han equivocado también dando el nombre de Fr. Roberto al de Bonjoch, debiendo advertir que habiendo asistido los dos Grandes Maestres del Temple y del Hospital en el Concilio de Lyon, no obstante no se hallan designados por sus nombres en aquellas actas, padeciendo otra equivocación al poner en vez de Fr. Hugo de Revel, Gran Maestre del Hospital, á Fr. Guillermo de Courcelles, Caballero Hospitalario deputado al Concilio, para representar la Iglesia de Palestina; así no es de admirar que se haya caído en la falta respecto de Belljoch sustituyéndole por uno de sus Caballeros (2).

Demostrado que Fr. Guillermo de Belljoch sucedió inmediatamente á Fr. Tomás Berault, no puede admitirse lo que Salvaing de Boissieu dice en su Catálogo de la Cartuja de Villanueva, quien pone en el número de los Grandes Maestres del Temple á Fr. Geofredo de Salvaing, sin duda para ilustrar á su familia; dicho magistrado estaba tan preocupado por su casa, que tenía la presunción por no decir petulancia, de probar, que si el comun de los otros hombres deben la vida á sus antepasados, el Presidente Salvaing de Boissieu la había dado á los suyos (3).

Vamos á ocuparnos en el Concilio General de Lyon.

El Sumo Pontífice Gregorio X, al convocar este concilio, invitó además de los prelados de la iglesia latina y griega, á los príncipes, Grandes Maestres de las Órdenes, y personajes más eminentes de aquel entonces, entre estos Santo Tomás de Aquino y S. Buenaventura, lumbreras las más extraordinarias que han conocido los siglos, sin embargo, ¡oh desgracia! Santo Tomás falleció en el camino, ántes de la apertura del concilio, y S. Buenaventura murió también antes de la sexta sesión. El concilio se abrió el 7 de mayo de 1274; concurrieron á esta asamblea 15 cardenales, dos patriarcas latinos, German patriarca de Constantinopla, 62 arzobispos, y más de 500 obispos, prelados y abades. Presidió, como era natural, el Papa.

(1) Tyrli Cont., Hist. 1274.

(2) Labbei Conc. tom. 11, part. 1, col. 958.
• Diccionario Moreri.—Belljoch. •

(3) Hist. de la Academia de inscripciones y Bellas Letras tom. 12. pág. 318.

Después del discurso de apertura, el concilio se ocupó luego en las graves cuestiones sometidas á su deliberación. En el tiempo que medió hasta la segunda, el Papa, que tanto se interesaba por los asuntos de la Tierra Santa, convino separadamente con muchos prelados, acerca de las imposiciones eclesiásticas, y de otros medios conducentes á socorrer á los pobres cristianos de la Palestina.

Antes de la tercera sesión, que fué el 7 de Julio, llegaron á Lyon los dos Grandes Maestres del Temple y del Hospital, é inmediatamente fueron á postrarse á los piés del Soberano Pontífice, y después de felicitarle por su elevación á la Sede Apostólica, le dieron las gracias por el interés que se había tomado por socorrer la Palestina. Sin embargo, le representaron que para sostenerse contra el enemigo del nombre cristiano, y poder recobrar tantas plazas perdidas, eran indispensables socorros mayores que los débiles refuerzos que de tiempo en tiempo llegaban á Tolemáida.

El Papa, que no ignoraba todas estas circunstancias, por haberlas observado personalmente, por su cargo de Legado en Palestina, contestó á los Grandes Maestres, que para lograr una respetable Cruzada, había reunido el Concilio General, encargando á los mismos que en la inmediata sesión, representasen á los Padres del Concilio el estado deplorable de la Tierra Santa.

Al presentarse los dos Grandes Maestres al Concilio, según el ceremonial de los Cardenales (1), el Papa señaló el asiento que debían ocupar, que fué preferente al de los embajadores, príncipes, Barones y deputados de los cabildos, que asistieron á esta célebre asamblea (2).

El 7 de julio fué la tercera sesión, en la cual se logró la unión de la Iglesia Griega con la Latina. S. Buenaventura pronunció con este objeto un elocuentísimo discurso, tomando por texto las palabras del Profeta, «Levántate Jerusalem, vuelve tus ojos hácia el Oriente, y desde la cumbre de las montañas contempla á tus hijos que se reúnen desde el Oriente hasta el Occidente.»

En la cuarta sesión, el Gran Maestre Cancelario Jorge Acrapolita en nombre del emperador de Constantinopla, Miguel Paleólogo, que se hallaba presente, abjuró con juramento el cisma, y el Papa entonces en acción de gracias entonó el *Te Deum*.

A los 14 de julio murió san Buenaventura cuya muerte causó inmensa sensación á todo el Concilio, que en corporación asistió á sus funerales presidiendo el Papa. La oración fúnebre estuvo á cargo de Pedro de Ta-

(1) Manuscrito de la Biblioteca del Vaticano, n.º 4731.

(2) Concilios tom. 11, col. 940.
Vertot. Hist. de Malta, tom. 1, lib. 3, pág. 449.

rentaise Cardenal Arzobispo de Lyon, que fué sucesor de Gregorio X, bajo el nombre de Inocencio V.

En las últimas sesiones el Concilio se ocupó muy particularmente en los asuntos de la Tierra Santa, decretándose que se socorriese considerablemente á los cristianos de Oriente. Despues de haber espuesto las necesidades de la Tierra Santa, los Grandes Maestres explicaron su deplorable situacion, digna de toda lástima. El Papa tomó la palabra, y entre otras cosas dijo: «Hemos visto las desgracias de estos peregrinos; hemos seguido uno á uno todos sus sufrimientos; su valor no tiene límites su piedad no puede admitir otra más sumisa; son verdaderos hijos de Jesucristo, como los compañeros de Godofredo, pero, no tienen de que sustentarse. Los que marcharon con algun dinero, han sido despojados en el desierto, ¿pueden pedir una limosna á las fieras? éstas no dan más que la muerte; el turco, el judío son alguna vez sensibles á la súplica, ¿pero hay tanto de que quejarse en este viaje! Es hácia la Tierra Santa que uno debe fijar su atencion. No deben ambicionarse reinos ni provincias del Asia; es preciso ir de nuevo á Jerusalem y rescatar el Santo Sepulcro (1).

A una de las sesiones se presentó la princesa María, hija de Boemundo IV, de Antioquia, acompañada del Templario, su procurador, que Gaufridi (2) le llama Fr. Pedro de Manse; el objeto de la princesa era para presentar sus quejas al Concilio contra el rey de Chipre, al cual acusaba de usurparle la herencia de sus padres, es decir los derechos que tenia al reino de Jerusalem; pero, como no se hallaba en estado de sostenerlos concibió el plan de cederlos á Carlos de Anjou, rey de Sicilia, por inspiracion y consejo de Fr. Pedro de Manse.

No dejó tambien de formular en el Concilio duras quejas por la crueldad con que dicho Carlos gobernaba á los sicilianos. Los Templarios de sus estados representaron que habiendo últimamente cargado de granos algunos buques, para hacerlos pasar á Palestina, dicho príncipe les habia embargado y mandado descargar bajo el pretesto de ciertos derechos nuevamente establecidos contra las leyes y costumbres del país; obligándoles á pagar, no obstante las inmunidades de las Ordenes. En su vista, el Papa reclamó de Felipe el Atrevido, que se hallaba presente, advirtiese á Carlos, y comunicase las respuestas de dicho príncipe á la Santa Sede, para, en su caso, remediar, si era necesario, este abuso (3).

Se reconoció en dicho Concilio á Miguel Paleólogo, emperador de Constantinopla, á fin de empeñarle á su union con los latinos contra los infieles. Se hizo tambien alianza con los tártaros que habian enviado sus

(1) Tolomeo de Luca Hist. Ecclia lib. 25, cap. 4.

(2) Gaufridi, Hist. de Provenza.

(3) Gaufridi, Hist. de Provenza tom. 1, pág. 169.—Item Sallas Malaspin, r-rum Sicularum lib. 6.

embajadores. Se confirmó la eleccion del emperador Rodolfo, con la condicion de ponerse á la cabeza de los Cruzados. Resolvióse finalmente predicar la Cruzada en toda la cristiandad, y para procurar los fondos indispensables al numeroso armamento que se intentaba levantar, se impusieron sobre todas las dignidades eclesiásticas y beneficios sumas considerables por espacio de seis años. El Papa, como de costumbre, exceptuó á los Templarios, y á fin de animarles á nuevos esfuerzos, les designó para conservador de sus privilegios á Bonifacio, obispo de Digne. En su consecuencia, dicho Prelado escribió al Abad de S. Pons, cerca de Niza, citase al obispo de dicha ciudad, para que compareciera ante aquél por cuanto se habia declarado abiertamente contra las inmunidades de los Templarios (1).

Felipe, el Atrevido, Rey de Francia, habiase ya cruzado, el conde de Habsburg, elegido y reconocido emperador de Alemania, recibió la cruz de manos del Papa, Miguel Paliólogo que, desde 1261, se habia apoderado de Constantinopla, para ser reconocido como emperador de los griegos, por los príncipes de Europa, ofreció unir sus fuerzas á las de los cruzados. Carlos de Anjou que pretendia ser Rey de Jerusalem, á pesar de que Hugo de Lusignan, rey de Chipre, sostenia pertenecerle aquella corona vacilante, á pesar de tantos príncipes y de tanta ostentacion y alharacas, para acudir al socorro de la Palestina, nada se hizo de importante, como lo veremos luego.

Concluido el Concilio, el Gran Maestre del Temple, Fr. Guillermo de Belljoch, tomó el camino de Inglaterra para cobrar las sumas considerables que Eduardo habia recibido como empréstito del Tesoro de la Orden en Oriente, y por las cuales dicho Príncipe habia comprometido sus bienes y Real Persona á los Templarios. La escritura está firmada en Londres á 11 de agosto de 1274, y concebida en estos términos:

«Sepan todos que, en nuestro nombre, y en el de nuestros hermanos Nos, Guillermo de Beanjou, humilde Maestre de la pobre Milicia del Temple, hemos recibido en dinero contante de manos de la religiosa persona Fr. José, Tesorero de nuestro muy Ilustre Señor Eduardo, Rey de Inglaterra, en nombre y por orden de dicho Señor Rey, tanto por principal como por perjuicios é intereses del dinero que le habian prestado los altos oficiales de nuestra casa la suma de 24,974 libras tornesas de una parte y 5,333 libras 6 sueldos 8 din^s. de otra parte, de las cuales estamos contentos y satisfechos; prometiendo á dicho señor Rey devolverle por Nos, ó por otros, sus cartas de compromiso que Nos tenemos depositadas para mayor seguridad en el tesoro de nuestra casa de Paris, y que desde ahora decla-

(1) Gallia Christ. nova tom. 3, col. 1121.

ramos inútiles y de ningun valor, en cualquier lugar que ellas puedan ser» (1).

El Gran Maestre no permaneció mucho en Londres, si es verdad que llegase á Tolemaida el 30 de setiembre inmediato.

Sin embargo, es más verosímil que no llegó á Palestina hasta el año siguiente, 1275, como dice Hugo Plagon, continuador de la Historia de Guillermo de Tiro el más exacto de los escritores, y que concluyó su obra en este año 1275.

Apesar del celo que mostró el Concilio de Lyon para aliviar á los orientales, todos sus hermosos proyectos se desvanecieron ó se redujeron á tan poca cosa que no pudo impedir que Bendocdar entrase en Armenia pasándolo todo á sangre y fuego. Se dice que pasó al filo de la espada á más de 20,000 hombres, llevándose cautivos á 10,000 jóvenes de ambos sexos, y con un botín de 300,000 entre caballos y ganado mayor y menor.

Los caballeros de las Órdenes siguiendo á Hugo de Lusignan, rey de Chipre, se vieron reducidos á retrincherarse en las montañas; y los comerciantes y otros ciudadanos que, para escaparse de las manos de este terrible Sultán, se habían embarcado, cayeron en poder de los piratas, librándose despues de grandes peligros y con fuertes rescates. A este lamentable estado se hallaban reducidos los cristianos, cuando llegó á Oriente el Gran Maestre del Temple (2).

1276. Para colmo de desgracias, no faltaba en Siria el mayor de los males, como era el estar divididos por facciones y agitada de una guerra intestina, originada por la muerte de Boemundo, soberano de Antioquía y conde de Trípoli. Como los Romanos durante la vida de dicho Príncipe habían dominado, y tratado de indignamente á la nobleza del país, esta trató de vengarse, y asesinó á tres de los principales. Dos prelados demasiado afectos, el uno á los Romanos sus compatriotas y el otro á la nobleza del país, aumentaron el fuego de la discordia: el primero se llamaba Pablo tío del joven Boemundo y obispo de Trípoli, que el caballero Jauna en su historia, dice equivocadamente que era Templario, y Wading, en la suya, dice que era fraile menor; el segundo era Bartolomé, Obispo de Tortosa (Palestina), el cual, habiéndose apoderado del gobierno y tutela del joven príncipe sucesor, animó de tal manera á la nobleza contra los romanos y obispo de Trípoli, que había sido su protector, que éste, para evitar la muerte, se vió obligado á refugiarse con todos sus familiares y efectos entre los Templarios, sus amigos, á quienes se intimó saliesen inmediatamente de la ciudad y del condado de Trípoli.

(1) Pacta, convent. Rimeri tom. 1, pag. 111.

(2) Marin Sanut.—Rainaldi año 1275.

Tal fué la causa de las querellas entre el Gran Maestre Belljoch y el joven Boemundo, Príncipe de Antioquía (1).

De otra parte, no observando el rey de Chipre en los Templarios el mismo afecto y adhesión á él que antes del Concilio de Lyon, habiendo sabido, además, que habían comprado, sin su permiso, el feudo de la Fauconeria, que dependía de su dominio, y que habían empeñado al Señor de Gibelet, partidario del obispo de Trípoli, procuró dicho Lusignan aprovecharse de todas las ocasiones para molestar á los Templarios. Con este objeto se retiró á Tiro, abandonando Tolemaida, sin dejar persona para administrar justicia en su nombre, á pesar de los muchos asuntos importantes que debían resolverse, no solo respecto de la misma ciudad y buen gobierno de ella, sino también pertenecientes á las dos Órdenes.

Muchas veces los habitantes de Tolemaida invitaron y suplicaron al rey para que volviese á la ciudad, ó á lo menos nombrase oficiales reales para gobernar. En vano se le representó el peligro de dejar la ciudad en vísperas de ser sorprendida por los infieles. No escuchó á nadie; aunque la diputación que se le envió fuese compuesta de lo más distinguido ya de Prelados, Hospitalarios, Teutónicos, Pisanos y Genoveses. Invitados los Templarios y venecianos á unirse á la diputación, respondieron friamente: «Si el rey quiere volver, sea en hora buena, y si no quiere venir, muy bien se pasará sin él.» Esta indiferencia disgustó á los partidarios del rey, y fué causa de que sembrasen la división entre las dos Órdenes, excitando á los familiares unos contra otros, y les agriaron hasta el punto que, en una revuelta, se derramó sangre y fueron muertos tres domésticos del Temple.

El Gran Maestre Belljoch, que conocía perfectamente el plan de sus enemigos, creyó no poderse vengar mejor que disimulando, y no tomando parte en este asunto, que fué lo más prudente, respondiendo á los que se quejaban de esta injuria, que otros asuntos más importantes le llamaban la atención, que ocuparse en querellas de criados. En esta coyuntura rehusó mezclarse en la policía y asuntos públicos, lo que fué motivo de que la ciudad suplicase de nuevo á Lusignan nombrase oficiales que gobernasen en su nombre. Por último, resolvió dejar la Palestina, descontento del país que, despues de haberle ofrecido el título de rey de Jerusalen, parecía favorecer las pretensiones de la princesa de Antioquía (2).

Esta dama continuaba en Italia, esperando la solución de sus asuntos, é informada por los mensajeros del Temple, de todo cuanto sucedía en Siria, instaba con importunidad á los jueces para que reconociesen sus

(1) Marin Sanut año 1273 pag. 226—Oriens Christ. tom. 3, col. 1176.
Item. Hist. general de Chipre y Jerusalen tom. 1, pag. 681.

(2) Marin Sanut, pag. 223.